

HISTORIAS ENTRE HUMO Y LUZ

Estamos en el año 2321 en Oviedo. Cova y Mateo, de 15 años, salieron en sus patines voladores a recorrer el famoso Campo de San Francisco cuando una luz cegadora, la cual no debería haber estado ahí, se encendió al otro lado de la calle.

Cova detuvo su patinete volador a escasos metros de altura del suelo y contempló el cartel que se acababa de encender. Brillaba más levemente que el resto, colocado encima de la puerta de entrada. Mientras que los demás carteles pertenecían a establecimientos dedicados al ocio, este anunciaba con su brillo la presencia de una tienda.

No quedaba apenas ninguna en la ciudad, ya que, ¿quién preferiría ir a una tienda cuando hay drones que te lo llevan todo directamente a casa?. Tampoco era como si el humo y la basura hiciesen mucho por ayudar. Hacía más de un siglo y medio que el mundo se había visto devorado por la contaminación, volviendo el aire negro y llenando las aceras de residuos. Ahora era casi imposible diferenciar nada que no brillase por sí mismo o pasear por las calles a menos que se sobrevolasen. El propio Campo de San Francisco, que en su momento estuvo lleno de vida, ahora estaba conformado por estatuas con forma de árbol.

Pero ni Cova ni Mateo habían estado vivos cuando todo eso sucedió, tan solo conocían las historias que les habían contado en el instituto. Supuso que ese era el motivo por el que la librería le llamaba tanto la atención, como si le estuviesen dando la oportunidad de echarle un vistazo al pasado.

Se volvió hacia Mateo, el cual levitaba a su lado, y le avisó de que iba a bajar a echar un vistazo en busca de regalos para su familia, ya que se acercaban las fiestas. Este no pareció muy contento con la idea, pero accedió a esperarla fuera, por lo que Cova descendió con su patín volador hasta la puerta y entró en la librería.

Lo primero que le llamó la atención fue el color marrón de las paredes junto con la madera del suelo y las estanterías, que contrastaban por completo con el interior blanco y de plástico de los locales que solía frecuentar. Lo segundo, la inmensa y diversa cantidad de libros que cabían en tan poco espacio.

Así que deambuló por sus pasillos, al principio sin rumbo, hasta que encontró uno que le llamó particularmente la atención.

Se trataba de un libro muy antiguo que imaginaba un futuro donde todo había salido bien, la ciencia se había desarrollado correctamente y se había salvado al planeta, creando una sociedad idílica, como se había pretendido en un principio. Justo la clase de historia que conmovió a su hermano. Al parecer, había sido un tema recurrente en el pasado.

Siguió buscando, hasta que encontró un volumen que relataba en primera persona la vida de principios de milenio, cuando el sol brillaba durante el día y la luna se alzaba en la noche, permitiendo a las plantas crecer verdes y por sí mismas y a los animales, sobrevivir sin la necesidad de jaulas. Describía mares azules y cielos decorados de rojos, lilas, naranjas y amarillos. Parecía más una leyenda que otra cosa, y aún así decidió llevárselo a su padre.

Para su madre, se decantó por una novela de amor, dónde los protagonistas cargaban con todo el peso de la trama, dándole vida con conversaciones ingeniosas y decisiones escandalosas.

Y para ella, aunque no formaba parte de la tradición, escogió una historia sobre una chica que luchaba con magia y dragones por el mundo que deseaba crear.

Le llevó los libros al librero, dispuesta a pagar tras haberlos escogido todos con mucho cuidado. Era raro sin duda, que alguien te atendiera en lugar de una máquina, pero la propia existencia de la tienda era rara.

Ella no lo sabía, por supuesto, pero el único motivo por el que él podía estar atendiéndola, en una tienda que no generaba el dinero suficiente para permanecer abierta, era que provenía de una familia muy rica. La gente era curiosa, al igual que Cova, pero la curiosidad te lleva a entrar un día en la librería, tal vez a comprar algo, pero no a regresar.

-Deberías cambiar el cartel. No va con la estética de la tienda.- le dijo Cova, mientras pagaba.

- ¿Perdona?- Preguntó él, claramente no se esperaba que ella hiciera ningún tipo de comentario. Tan solo que pagara y se marchara, como hacían los demás.

- Tienes que ser consciente de que la tienda se siente como una realidad paralela, casi como si hubieses sido capaz de guardar un trocito del pasado entre estas cuatro paredes.- respondió sin más, mientras guardaba los libros.- Un cartel propio de nuestro tiempo no le va, teniendo en cuenta que hace mil años que ya no se venden libros.

- Pero si no lo tuviese, nadie entraría. – Repuso él.- Puede que represente el pasado, pero existe en el ahora. A menos que ponga una luz cegadora en la puerta, este sitio tendrá tan poco impacto en la ciudad que será como si nunca hubiese existido. Y por cierto, los libros se olvidaron hace poco más de cien años, no mil.

- Es igual.- Cova tan solo se encogió de hombros, aunque seguía opinando lo mismo. Veía su propio reflejo en el cristal del escaparate, y sentía que hasta sus ropas, típicas de la moda actual, desentonaban con el local. Le entraban ganas de ponerse una capa y encender una vela con tal de no perturbar a la extraña magia que envolvía ese sitio.- En fin, que tenga un buen día.

-Igualmente.

Salió finalmente de la tienda. Volvió a poner en marcha su patín volador y ascendió hasta colocarse junto a Mateo, el cual ya estaba tan aburrido que parecía que se fuese a caer del patín.

Ambos se pusieron en marcha y, al darse la vuelta una última vez para contemplar la librería, descubrió que la luz cegadora había desaparecido, llevándose la puerta consigo. Cova sonrió para sí, siguiendo a Mateo. Al parecer, el librero tenía razón. O señalaba la entrada con un foco deslumbrante, o no existía en absoluto.